VIII

El día en que Nuño había resuelto decidir del porvenir de Ester, comenzó mal para el banquero. Estaba en su despacho ocupado en dar órdenes de Bolsa por el teléfono que había hecho recientemente instalar entre la Chevrolière y sus oficinas, cuando le fué anunciado el guarda mayor Strehley. Selim frunció el entrecejo, y dijo con aspereza:

—Que espere.

Preveía una escena. Y aunque en todas las ocasiones de la vida ordinaria, la conciencia de su soberanía financiera le daba una serenidad á toda prueba, no le gustaban las dificultades. Siguió hablando sobre la placa de madera, transmitiendo á su secretario general instrucciones extremadamente precisas.

Acababa de producirse un pánico en Berlín. Dos Bancos importantes habían suspendido sus pagos, y la consecuencia de aquel *krack* era una baja general sobre las plazas de Londres, de Viena y de París.

Los exactos informes que tenía Nuño no permitían creer en una baja prolongada, y el banquero, previendo el alza, maniobraba en consecuencia.

Dejó el aparato, y, llamando, dió orden de hacer entrar á Strehley. En pie, delante de la chimenea, esperó impasible.

Apareció el guarda, de uniforme, con el kepis galoneado en la mano, muy encarnado, bajos los ojos y contraída la boca. E inclinándose, dijo en buen francés, muy preciso, pero con acento inglés bastante pronunciado:

—El señor barón de Brucken me anunció anoche que el señor conde no quería conservarme más... Vengo á preguntar al señor conde si esto es exacto.

—Muy exacto.

—¿Querrá el señor conde tener la bondad de decirme por qué motivo?

Nuño levantó la cabeza, miró de alto á bajo al guarda mayor, y muy tranquilamente le dijo:

—Porque me roba usted de una manera exagerada, maese Strehley.

Una banda roja cruzó la frente del inglés, que dijo:

—Eso es que se lo han hecho creer al señor conde... Porque el señor conde es demasiado gran señor para informarse por sí mismo.

—Maese Strehley, todo el mundo me roba, lo sé; pero todo tiene límites, y esos límites usted los ha excedido.

El guarda le dirigió una mirada irónica, y dijo:

—Señor conde, en su casa aun soy yo el que roba menos... Y ese mismo que me ha denunciado, roba más que yo, y cosas más preciosas para el señor conde...

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó Nuño con imperioso acento.—Le mando que se explique.

—Vigile el señor conde, y el señor conde podrá informarse por sí mismo...

—¿Acusa usted al Sr. de Brucken?

—Yo no acuso á nadie, solamente hago una indicación al señor conde... El señor conde debe aprovecharla.

—No espere usted cambiar mi convicción con insinuaciones calumniosas.

—No espero nada, señor conde... Digo solamente lo que conviene que diga. No se ve robar más que la caza en los bosques...

—Me fastidia usted con sus chismes... Si no tiene usted nada más que decirme, puede retirarse.

—¿Persiste el señor conde en su resolución?

—Absolutamente.

—¿Cuándo deberé dejar mi servicio é irme?

—A fines de semana. Por consideraciones al lord que lo colocó en mi casa, no quiero despedir á usted brutalmente.

—Doy gracias al señor conde,—dijo el guarda con amenazadora humildad.

Giró sobre los talones, y salió sin pestañear.

Al quedarse solo, Nuño meditó. ¿Qué había podido querer decir aquel borracho con sus alusiones? No se veía robar más que la caza en los bosques... Y le robaban á Nuño cosas más preciosas que su dinero... El guarda aludía á Brucken y á una mujer... ¿Cuál, sino Manuela?

La denuncia no podía referirse más que á la condesa de Huberto... Pero, ¡cuán torpe y groseramente!... ¿Por qué salían juntos á caballo con frecuencia los días que no se cazaba? Esto era lo que

justificaba la alusión á la caza furtiva en los bosques. ¿No era esto miserable?

Y, por otra parte, ¡en el momento mismo en que la Sra. del Peral se interesaba por el matrimonio de Brucken con Ester! Aquel guarda no podía saber esto, y hasta qué punto era inaceptable la delación. Y además, ¿cómo creer que Manuela, después de lo que había dicho la víspera misma, después de tantas pruebas de sinceridad y una ternura tan constante, fuera á engañarle con Huberto?

No; verdaderamente era ciego el odio del servidor despedido, y la trama de sus calumnias se deshacía por sí misma.

Selim se censuró á sí mismo por discutir, siquiera no fuera más que por un instante, aquella ridícula fábula. ¿No era esto hacer una injuria á la señora del Peral y á Huberto? ¿No habrían debido ponerlos al abrigo de tal humillación los sentimientos delicados de la una y la absoluta adhesión del otro?

Por la primera vez de su vida no conservó ninguna sospecha.

A menudo había tenido, hasta apropósito de Manuela, inquietudes más ó menos justificadas: habría estado celoso de Pont-Croix. ¿Pero de Huberto? ¡No!

Si aquel hombre, muy listo, hubiera sido capaz de observar los fenómenos que el amor producía en su espíritu, aquella ausencia de temor habría debido ser para él toda una revelación. Precisamente porque creía tener entera seguridad, es por lo que había que desconfiar.

En un asunto financiero pronto habría contrastado sus convicciones: así habría llegado al conocimiento completo de la verdad. Pero, en amor, era tan fácil de engañar como un niño.

Brucken entró en su despacho á las once, y lo encontró escribiendo cartas. La sonrisa de Nuño fué tan amistosa, su apretón de manos tan franco como si Huberto no hubiera sido denunciado. El banquero señaló al joven una butaca cerca de su mesa, y para facilitarle su demanda, dijo:

—¿Tiene usted que hablarme seriamente, cuando viene á buscarme aquí á solas?

—Sí, mi querido conde,—dijo Brucken, no sin alguna emoción:—se trata de un paso tan importante para mí, que no podía atreverme á darlo sino estando seguro de no ser interrumpido.

—Esta será la primera vez que se dirige usted á mí, Huberto,—dijo dulcemente Selim.—Si hasta ahora he tenido la satisfacción de serle útil, siempre he sido yo quien ha ofrecido, y nunca usted quien ha pedido. Y todavía lo que yo hacía por usted estaba tan lejos de lo que usted hacía por mí... Si ponemos en una balanza los servicios hechos, creo que soy, en mucho, deudor de usted.

Por dueño de sí que fuera Huberto, se puso colorado al oir aquellas palabras que atestiguaban la confianza y el afecto sincero que le consagraba Selim.

Pero no era hombre de escrúpulos, y comprometido en la lucha por la existencia, acorazado de cinismo, decidido á no tener en poco los medios, ni en mucho los resultados, no podía detenerse

ante la cándida expansión del hombre á quien engañaba. Pensó: «¿Vacilaría él si se tratara de engañar á cien mil accionistas? ¡No, ciertamente! Entonces, ¿qué es lo que me detiene?»

Dió seguridad á su mirada, y estrechando la mano que Nuño le tendía:

—Usted me trata mejor de lo que merezco... Pero, por exagerada que me parezca su gratitud, acepto con alegría su testimonio, porque es preciso que yo le crea bien dispuesto respecto de mí para atreverme á exponer mi demanda.

—Huberto, yo le quiero á usted como á un hijo, —dijo Selim.—Así, no tema de ningún modo pedirme demasiado...

—Le pediré, pues, á usted que me trate por completo como á un hijo,—replicó vivamente Brucken.—Amo á Ester, y mi deseo más caro es que me la conceda usted.

—Y yo tendré la mayor alegría en dársela, porque estoy seguro de que usted lo hará todo por asegurar su dicha.

Aquel hombre terrible que había llevado sin pestañear tantas gentes á la ruina y á la deshonra, tenía húmedos los ojos. Impresionó vivamente á Brucken. Aquella ternura tan profunda podía llegar á ser temible. El joven se daba cuenta, con mucha claridad, de que las buenas disposiciones de Nuño estaban inspiradas por Manuela. ¡Y cuán culpable no era respecto de él con ella!

Si alguna vez Selim veía traicionada á su hija, y por su querida, ¿de qué venganza no sería capaz? Pero, ¿no era imposible renunciar á la encantado-

ra portuguesa? Haber amado á aquella mujer y apartarse de ella; verla entregarse á otro, porque era incapaz de volverse buena, ¿sería cosa á la que podría resignarse? Se confesó á sí mismo que no. Y muy friamente, en el momento en que pedía la mano de Ester, se prometía no abandonar á Manuela.

Había que contestar á Selim, que esperaba protestas de adhesión y de cariño.

—Sabe usted,—dijo Huberto,—que mi mayor afán será complacerlo. Mi deseo más caro es entrar en su familia, y puesto que usted lo colma, ya no tengo nada que ambicionar. Pagaré, y bien fácilmente, con su hija, la deuda que hoy contraigo. En cuanto á mis sentimientos por usted, no pueden cambiar, porque no creo llegar nunca á quererle más que hoy.

—Pues bien, mi querido Huberto, hoy mismo hablaré á mi hija. Ya comprende usted que mis compromisos deben ser ratificados por ella. Pero creo que la confianza que tiene en mí y la simpatía que siente por usted, hacen fácil el acuerdo... Cuente usted con que no olvidaré nada para decidirla.

«Entonces,—pensó Brucken,—¿qué obstáculo podría impedir la realización de nuestros proyectos?» Y dijo:

—Ya sabe usted, mi querido conde, que no tengo fortuna...

—Ya arreglaremos eso,—interrumpió el banquero.—Hace ya mucho tiempo que me echo en cara reconocer mal el concurso tan precioso que me ha

prestado usted. Siempre me lo ha impedido el temor de herir su delicadeza. Cuando sea usted mi yerno, deberá aceptarlo todo de mí, y le haré una posición digna de usted.

—En cuanto á mi nombre y á mi título, bien conocido es su origen.

—Nobleza financiera,—dijo Nuño con una sonrisa,—como había en otro tiempo nobleza de espada y nobleza de toga... Yo también soy conde, por haber acudido al socorro de un Estado europeo... ¡Eh! Hoy no se salvan los tronos sólo en los campos de batalla, sino también en la Bolsa. No hay que despreciar estas distinciones: pueden ser útiles más tarde, á los hijos... Dentro de dos siglos, los verdaderos nobles serán los nuestros.

—Pongo, pues, mi suerte en sus manos, y no obraré sino según sus consejos.

—Déjeme usted maniobrar, y, cuando convenga que hable usted á Ester, yo le avisaré.

Sonaba la campana del almuerzo. Brucken y Nuño salieron juntos. Ni una vez había sido pronunciado el nombre de la portuguesa en el curso de la conversación. Se habría dicho que los dos hombres se habían dado la consigna de dejar á la joven fuera de aquella negociación, en la cual, sin embargo, había tomado parte tan decisiva.

En la conciencia del uno y del otro había un punto doloroso é inquietante, sobre el que preferían no insistir.

Los huéspedes de la Chevrolière esperaban en el salón. A excepción de Breda y de Tremblay, á quienes sus ocupaciones retenían toda la semana

en la Bolsa, el personal ordinario que componía la corte de Nuño estaba completo.

El señor y la señora Francfort, Ester, la buena Faverger, Manuela y Termont, hablaban delante de la chimenea, donde ardía un hermoso fuego.

Comenzaban á amarillear las hojas, y los macizos del parque se doraban con tonos leonados, que hacía resaltar el persistente verdor de las encinas y el negro azul de los abetos. Flotaba en el aire una ligera niebla, y el viento, ya frío, acusaba el otoño.

—¿Está despedido Strehley?—preguntó Termont estrechando la mano de Selim.

—Despedido.

—Habrá estado un año al servicio de usted...

—Es un pájaro de cuenta,—dijo el guapo Francfort con una sonrisa.

—Le he dado ocho días por consideración al duque, que me lo envió... Pero estoy muy satisfecho por haberme desembarazado de él.

El mayordomo, abriendo la puerta del comedor, interrumpió la plática, y Selim, ofreciendo su brazo á Manuela, salió del salón.

Después del almuerzo, como Termont, Brucken y Francfort se dispusieran para la caza, las señoras los siguieron á la escalinata.

Ester hacía un movimiento para subir otra vez á sus habitaciones, cuando su padre la detuvo.

—No te vayas tan pronto,—dijo:—tengo que hablar contigo.

Lo miró ella con un poco de asombro; pero Nuño la atrajo dulcemente, y tomándola el brazo:

—¿Quieres que demos una vuelta por el parque?

Bajaron al parterre, y, andando despacio, llegaron á la gran arboleda, cuyas hojas ennegrecidas comenzaban á alfombrar el suelo.

El sol había deshecho los vapores de la mañana y brillaba en el claro cielo. El tiempo era muy dulce, y los pájaros, reanimados por aquella última vuelta del calor, cantaban en la espesura.

El padre y la hija iban uno al lado del otro silenciosamente. Él, preocupado de la manera cómo abordaría su delicada confidencia; ella, algo inquieta por la solemnidad de aquella conversación á solas. Pero Nuño no tardaba nunca mucho tiempo en decidirse. Levantó la cabeza, y mirando á su hija de lado, dijo:

—Dentro de algunas semanas vamos á volver á París, querida hija mía, y á emprender nuestra existencia de invierno. ¿Se va á pasar el año sin que pienses en casarte? Vas á cumplir veintiún años... ¡Ah, no es que te encuentre vieja ni que esté cansado de tenerte á mi lado!... Ya sabes que mi más ardiente deseo sería tenerte en mi casa con tu marido...

—¿Mi marido?...—murmuró Ester con una amargura que no pudo contener.

—¿Qué?—interrumpió Nuño con viveza.—¿Acaso desesperas de encontrar uno á tu gusto?... Esto no es admisible... Y yo no soy un padre muy tirano... Si te gusta alguno, dilo: ya sabes que no te lo rehusaré...

Por el rostro de Ester pasó como un resplandor, que lo iluminó como con una secreta esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO